



EL GENERAL SAN MARTIN  
Y  
LA HERENCIA DE LAS ARMAS  
EN ARGENTINA

# ORDEN GENERAL.

DEL

## 27 de Julio de 1819.

COMPAÑEROS del exercito de los Andes:

... La guerra se la tenemos de hacer del modo que podamos: sino tenemos dinero, carne y un pedazo de tabaco no nos tiene de faltar: cuando se acaben los vestuarios, nos vestiremos con la bayetilla que nos trabajen nuestras mugeres, y sino andaremos en pelota como nuestros paisanos los indios: seamos libres, y lo demas no importa nada...

... Compañeros, juremos no dejar las armas de la mano, hasta ver el pais enteramente libre, ó morir con ellas como hombres de corage.

*San Martin.*



BUENOS AIRES, Septiembre 4 1976

General Carlos Alberto Salas  
Presidente del  
Instituto Nac. Sanmartiniano

Señor General:

Mensajes como el suyo del 17 de agosto desentonan gratamente con el coro de consignas tan fáciles como falsas, con que a diario se intenta aturdir y embrutecer a nuestro pueblo, simplificando lo que es complejo y embarullando lo que es claro.

Usted se abstuvo de un aprovechamiento faccioso del Libertador y lo exaltó en cambio como prenda de unidad nacional. Que lo haya hecho desde Yapeyú revela una intuición aguda del camino que nos llevó a extravíar esa unidad y que deberemos desandar para reconstruirla.

En 1822 San Martín demandaba auxilios desde Lima para proseguir la campaña emancipadora y Rivadavia se los negaba argumentando en un mensaje a la Sala de Representantes, que "lo único que conviene a Buenos Aires es plegarse sobre sí misma", ganándose la "opinión exterior de las naciones".

La pérdida del Alto Perú, de la Banda Oriental, del Paraguay, fueron consecuencias lógicas de esa renuncia deliberada y suicida a nuestro destino americano, porque al sacrifi-

carse la unidad territorial que nos legó la Madre Patria, se amputaron también las bases materiales sobre las cuales debimos edificar la unidad y la grandeza de nuestro pueblo y de nuestra Nación.

Abandonados esos objetivos, por consejo de la "opinión exterior de las naciones" los enfrentamientos entre hermanos ocuparon las energías vacantes, y dos espadas de la Independencia como Lavalle y Donregio, olvidados del enemigo común, escenificaron por primera vez el drama de Caín y Abel de nuestra historia.

Gran Bretaña atomizó lo que España había unido y lo hizo fomentando guerras y escisiones en beneficio de su comercio y de sus socios menores del puerto. San Martín no quiso comprometerse en esas luchas banderizas, como Usted bien recordó. Pero tampoco fue indiferente a la pugna de las fuerzas nacionales contra las grandes potencias, para lo cual ofreció primero su sable, y lo donó en reconocimiento a Rosas después. El Libertador veía más allá del puerto, miraba hacia América, y antes que la geopolítica impusiera sus conceptos sabía que ese era el hinterland necesario a nuestro futuro.

Caseros, el desfile de las tropas brasileñas por Buenos Aires, fueron la revancha de Ituzaingó. La secesión de Buenos Aires en 1852; el intento de segregar en otro estado tapón a Corrientes y

Entre Ríos; las gestiones de Sarmentino para que Cuyo fuera anexionado por Chile; la guerra contra el Paraguay, cuya victoria no nos dio derechos a nosotros pero sí al Brasil; los asesinatos de Benavidez, Virasoro y Peñaloza, testimonian la visión mezquina y los métodos bárbaros con que el bando triunfante fue forjando, en el pasado, nuestro presente.

El interior se despobló, agonizaron sus industrias y artesanías aplastadas por la importación de manufacturas extranjeras. Desde Buenos Aires, sometido a Gran Bretaña, comerciantes y ganaderos hipotecaron el país con sucesivos empréstitos, cuyos intereses obligaron a contraer nuevos préstamos para pagar deudas. Hernández deploró en el Martín Fierro la condición a que fueron reducidos los hijos de esta tierra. El Comandante Prado, estigmatizó en su Campaña al Desierto la guerra de exterminio que gauchos e indios abonaron con sus huesos la tierra que otros gozarían; los parientes y protegidos de Roca, según testimonios del bárbaro Sarmento, quien viejo y ya fuera del juego político, dedicó sus últimos años a alabar en público los trapos mugrientos de la oligarquía a la que sirvió.

Para la generación del 80, la Patria era su clase; ya no quedaban mayorías populares con conciencia de representar a la Nación.

Los caudillos, nuestra primera institución democrática según pa-

labras de Alberdi, fueron asesinados o corridos al exilio, como Varela, sus montoneras enganchadas por la fuerza en los ejércitos de línea y mandadas a morir en la frontera agropecuaria, ya que las otras fronteras habían caído en el olvido.

Avellaneda reprimió los restos de San Martín, mientras decidía ahorrar sobre el hambre y la sed del Pueblo para pagar la deuda externa, burlándose del Libertador y prefigurando a los Pinedo, Prebisch, Alsogaray, Krieger Vasena y Martínez de Hoz que nuestro mal futuro nos depararía.

Herido por la especulación y la crisis del 90 el régimen libró toda clase de combates de retaguardia para pervivir, volcó padrones, sofocó sublevaciones, contrató nuevos empréstitos, buscó en Europa mano de obra dócil y silenciosa para edificar su proyecto antinacional, hasta que en 1916 Roque Sáenz Peña, el héroe americano del Morro de Arica, abrió las puertas del comicio a Irigoyen, y con él a los primeros hijos argentinos de aquellos inmigrantes. ¿No habrá llegado en uno de esos barcos el padre del General Pizzi, ese genio agrario especialista en cantar loas a la oligarquía?

La neutralidad en la Primera Guerra Mundial, la defensa de los recursos naturales, el tímido equipamiento industrial, la participación del Pueblo en el



sistema político, fueron soplos de aquel gran aliento nacional perdido. El ejército fue utilizado para abolir también estas nuevas rebeldías y abrir paso a una de las épocas más vergonzosas de que haya memoria en el país. Atado de pies y manos, Justo lo entregó a Londres, que todavía puso sus condiciones para recibirlo, imponiéndonos humillaciones que prudentemente a horrab a sus colonia directas.

La entrega de la moneda y el crédito a un banco central dirigido por extranjeros, los mismos que manejaban las Juntas Reguladoras encomendadas de conducir la economía, el nuevo empréstito contraído para pagar deudas a los acreedores británicos, la ruina de los empresarios argentinos del transporte en provecho de los tranvías y ferrocarriles extranjeros, fueron el precio que la oligarquía hizo pagar al pueblo para seguir colocando sus carnes en el mercado de Smithfield, robando en el peso, evadiendo impuestos y alterando las facturas, como de mostró Lisandro de la Torre.

Sin embargo, el Ejército comenzaba a repensar el país. Mosconi quería nafta para sus aviones, Savio acero para sus armas. Pensando en la defensa repararon en el pueblo, en los hombres sin cuyo concurso no hay cómo defender algo que ni merece ser defendido. Llegaron Junio de 1943 y octubre de 1945.

La Argentina reingresó a la

Historia y San Martín estuvo más vivo que nunca desde su muerte.

Esos años están muy frescos para tener que recordarlos, con sus limitaciones que sólo el pueblo podrá superar, marcaron un fugaz reencuentro de las Fuerzas Armadas con la Nación, hasta que los altos mandos volvieron a defecionar. Desde 1955, las sucesivas tentativas de restaurar el dominio oligárquico desnacionalizaron la industria creada laboriosamente, multiplicaron los índices de analfabetismo, de enfermedad, de mortalidad infantil, de desnutrición, reabrieron el país al saqueo de otro imperialismo, se impusieron sobre las luchas populares a sangre y fuego.

Las atrocidades de Arredondo, Rivas, Paunero o Sandes contra los pueblos del interior en el siglo pasado (¿Usted leyó las estremecedoras páginas de Navarro Viola al respecto?), no fueron peores que las que hoy cometen Menéndez, Bussi, Suárez Masson o Vilas. Los empréstitos que entonces se contrajeron no eran distintos de los créditos que hoy mendiga Martínez de Hoz y sobre los cuales ni siquiera puede dar informe público coherente: deudas para pagar deudas. La desocupación de la Década Infame tiene el mismo sentido que la de hoy: las empresas monopolísticas racionalizan sus costos y acrecen sus lucros, mientras los hijos del país se ponen verdes de tanto mate y de tanta fu-

ria. ¿Si hasta los empresarios tienen que pedirle al gobierno un aumento de sueldos porque saben que así ya no hay quién aguante!

Todo es parecido, pero todo es también distinto, porque un siglo y medio de historia nos ha enseñado muchas cosas. Porque este sistema corrompido, los militares indecentes que secuestran, torturan, violan, mutilan y matan prisioneros inermes en defensa de los negocios del general López Aufranc, presidente de Acindar, ya no pueden sostenerse, por más baños de sangre con que pretendan ahogar el clamor de todo un pueblo. Porque además, contra este sistema fundado en la negación de todos los valores que San Martín consagró con su vida ejemplar, surge hoy una fuerza organizada.

Si ellos son hijos de Canning, de Rivadavia, de Mitre, de Sarmiento, de Roca, de Justo o de Braden, nosotros lo somos de Rosas, de Dorrego, del Chacho, de Felipe Varela, de Scalabrini Ortiz, de Perón. Y hemos aprendido con Evita que sólo la fuerza del pueblo organizado podrá derrotar a la fuerza de la antipatria.

¿A cuál se parece el ejército que San Martín organizó en el Plumerillo para llevar a Chile la guerra, "vestidos con bayeta o en pelotas como nuestros paisanos los Indios", con armas rudimentarias fabricadas por el cura Beltrán, llevando a lomo

de mula hasta el forraje para los caballos a través de la cordillera?

¿Al ejército cipayo que se entrena en Washington y dispone de todos los medios económicos para llevar a cabo una sucia guerra de exterminio?

¿O a este Ejército Montonero que estamos construyendo, improvisando soldados con abogados como Belgrano y con trabajadores explotados como los que guerraron desde San Lorenzo hasta Ayacucho, sin más plata que la que hemos sabido conseguir jugándonos la vida, sin otras armas que las que podemos recuperar de los cuarteles y comisarias o de las que fabricamos con tecnología argentina y capital argentino expropiado a monopolios extranjeros?

Creemos como Usted, General que la unidad nacional es un bien precioso a cuyo logro no deben escatimarse esfuerzos ni sacrificios. Pero todos deben saber que por la fuerza ya no nos van a obligar a nada, que este ya no es el pueblo de agricultores y pastores que sólo tenían frágiles lanzas para oponer a los Remingtons extranjeros, que hemos estudiado las leyes de la Historia, que ningún grado de violencia que se nos pueda aplicar podrá devolverle vida a este régimen moribundo, en el que la opulencia de cien mil es el padecimiento de 25 millones.

No es posible la unidad que



Usted noblemente predica, con los que vuelven a entregar nuestras riquezas al extranjero, con los que arrancan brazos a nuestros compañeros o introducen lauchas en las vaginas de nuestras mujeres, con los que paran tanques en las puertas de las fábricas para secuestrar obros y controlar los ritmos de producción.

No amamos la violencia, amamos a nuestro pueblo, es decir a nuestros padres, a nuestros hijos, a nosotros mismos. Tampoco la elegimos, nos fue impuesta por un régimen que, como señalan los Obispos argentinos, incurre en pecado al acorrarnos contra el hambre y vuelve a pecar al sostenerse a costa de las más aberrantes violaciones de la dignidad humana. ¿O es que algún tonto piensa que San Martín ganó la guerra torturando a los españoles?

No son, lamentablemente, ocasionales las diferencias que se paran a ambos bandos. Proviene de lo más profundo de nuestra historia, por más que los oficiales extranjeros del Estado Mayor reclamen como inspiración la teoría yanqui del frente interno y el manual de contrainsurgencia del Pentágono. Nada se podrá construir derramando la sangre del pueblo si no se conquista su voluntad. Y nadie podrá conquistar la voluntad del pueblo declarándole la guerra para que engorden mejor los toros de la Rural y los sin

vergüenzas del Ministerio de Economía.

Es seguro que existen, entre Usted y nosotros, distintas apreciaciones, sobre éstos y sobre otros asuntos. Pero es un deber de hidalguía militar reconocer en sus palabras del 17 de agosto una buena fe, una limpieza de propósitos dignos de encumbramiento. Los hombres como Usted siempre tienen un lugar disponible a nuestro lado, en este nuevo Ejército que estamos creando de la nada, como lo tuvo que hacer San Martín, para construir una nueva Patria, grande, potente, generosa, como la que alientó en los sueños el Libertador.

Respetuosamente, un oficial del Ejército Montonero.

POR EL PUEBLO Y POR LA PATRIA..  
MONTONEROS HASTA LA MUERTE

